

EL MERIDIANO

Alejandro E. Orús

Ídolos caídos

Nos quedan pocos espectáculos tan subyugantes, tan obscenos y a la vez tan contemporáneos como la visión de los ídolos caídos. Los ha habido siempre, aunque da la impresión de que son muchos los que tratan de derribarse ahora, como si el fenómeno sufriera una inexplicable aceleración. Más bien lo que ocurre es que los ídolos se han ido multiplicando en nuestra época hasta la saturación y de ahí que, muy potenciada en la actualidad nuestra capacidad de escrutinio, sea posible derribarlos con más facilidad.

Cabe pensar si no es fruto de alguna suerte de distorsión social que frente a los graves e intrincados problemas del presente –sería vano enumerar lo obvio– haya quien se indigne con el pasado hasta llegar a ejercer la violencia. Es un desvarío de difícil comprensión, al menos si uno intenta entender algo ante la estatua vandalizada de Cervantes. Puede que ese prurito de rebuscar con el ceño fruncido entre los escombros del pasado delate en realidad impotencias muy propias del presente. Parecen camuflarse frustraciones profundas en esta ola de derribo de monumentos, frustraciones que en todo caso apuntan a este presente pandémico y populista.

Hace 30 años Guy Debord alertaba sobre el control de la información por los sistemas de poder y aludía a que «la desaparición de todo conocimiento histórico objetivo se manifiesta en el hecho de que cualquier reputación personal se ha vuelto maleable». No es algo que afecte solo a la historia o a las estatuas. De Woody Allen a Michael Jackson, pasando por Maradona o Bunbury, los ídolos se reconocen finalmente en su consistencia arcillosa, de solidez apenas duradera, la del mismo barro que según el Génesis empleó Dios para crear al hombre.

Las glorias mundanas han encontrado en el transcurso del tiempo, reflejado desde antiguo en el tópico literario del 'ubi sunt', un amargo disolvente. El presente es, y con toda probabilidad continuará siendo, un nido de arrogancia extraordinario que únicamente el conocimiento es capaz de atemperar. Esa consunción del ídolo, presente o pasado, colocado sobre pedestales reales o imaginarios, acaba disipando cualquier atisbo de fascinación y evidencia además una misma fragilidad: la suya y la nuestra.

EL MIRADOR | Guillermo Fatás

Zaragoza, amor de Galdós

La figura de don Benito Pérez Galdós, que tantos críticos tuvo y tiene todavía –algunos, muy acres–, no deja de crecer con el tiempo, aupada sobre su solo merecimiento

No comparto el desapego de Zaragoza, ni, menos aún, el de sus regidores de todo tiempo para con don Benito Pérez Galdós. Se dio su nombre a una vía pública, una calle en su mínima expresión, que comunica la de Hernán Cortés con el Paseo de Teruel. De la historia de Zaragoza, que supera con mucho los dos mil años, el episodio más famoso, con grande merecimiento, es el de sus asedios de 1808 y 1809, por las tropas francesas y polacas del emperador Napoleón I Bonaparte. Ningún otro suceso llevó más lejos ni a más lugares del mundo el nombre de la esforzada capital de Aragón.

Galdós amaba intensamente a los aragoneses, a su tierra y a la mayor de sus ciudades, según confesión propia. Demostró su afecto con gestos diversos. Por ejemplo: dibujante diestro como era, cuando redactó el 'episodio nacional' número 6, que lleva el nombre de la ciudad, además de visitarla y, digamos, degustarla, dibujó algunos de sus lugares más señalados e incluyó esas imágenes de su mano (firmadas PG) en la edición de la novela.

Esto que sigue es una confesión. Durante más de cinco lustros hice cuanto pude para que el texto de 'Zaragoza' se editase por el Ayuntamiento, acompañado de unas pocas anotaciones y planos explicados, de forma que los lectores y, antes que todo, los escolares, pudieran distinguir con facilidad qué partes –son muchas– narran hechos verdaderamente sucedidos y cuáles son imaginación del novelista.

Una edición así permitiría a cada cual evocar los sucesos, reales o figurados, en lo que aún queda en pie de la Zaragoza de 1800, o, al menos, en su emplazamiento. Ya imaginará el lector (de inten-



PÉREZ GALDÓS

Más de quinientas notas históricas añadió Pilar Esterán a su insuperada edición de la 'Zaragoza' de Pérez Galdós

to uso el género gramatical inclusivo) que el fracaso fue del ciento por ciento, de lo que me quedó una pequeña y pertinaz amargura. La sensación final fue, y es aún, que apenas nadie ha leído aquí este libro, incluidos muchos próceres. Lo que no debería obstaculizar al propósito de una edición popular, sencilla y anotada del libro que lo pusiese fácilmente al alcance de cualquier hijo o amigo de Zaragoza.

Sobre todo porque lo más difícil (en teoría) ya está hecho. Un buen día –vaya si lo fue– de 1998, Leonardo Romero, catedrático de

nuestra universidad, me dijo que acababa de dirigir una extensa y minuciosa tesis doctoral –a la antigua, entiéndase– sobre la 'Zaragoza' de Galdós y que su autora, la bilbilitana Pilar Esterán, la ofrecía a la Institución 'Fernando el Católico' (IFC). Cuando es redondo, la IFC suele reservar el número, correlativo, de sus ediciones para algún título especial. La edición por Esterán de la 'Zaragoza' galdosiana fue la publicación 2.200 de la entidad y sirvió para entrar en el corriente siglo.

Laureado con justicia en la Facultad, el estudio fue más lejos que cualquier propósito anterior: se trata de una edición crítica (esto es, que compara todas las diferencias entre el manuscrito y las varias ediciones) y, además, anotada, porque la autora añadió una

nutrida y oportuna gavilla de comentarios al pie, para contextualizar históricamente sucesos y topografías. Un trabajo arduo, pero colmado de frutos. Nada costaría extraer lo esencial y añadirlo a la soñada edición popular.

A lo largo de cuatrocientas ochenta páginas, las notas se disponen en dos series. La primera interesará a los especialistas y a pocos más, para poder cotejar las variantes del texto en sus folios manuscritos y en sus ediciones: se pueden, por ejemplo, comprobar arrepentimientos y correcciones –aquí Galdós cambió 'vergüenza' por 'pudor'; allí suprimió 'para huir del reducto'...– e inquirirse por las causas de esos pulimentos.

La segunda serie de notas añade una sustancia magnífica a la rica materia prima galdosiana: ¿no sabe el lector quién fue Casta Álvarez, o dónde estaba la calle del Rufo, o la del Órgano, o a qué ordenanza militar alude don Benito en tal párrafo, o cuál fue el apellido real de José Cerezo, o si existió en realidad el padre Luengo, o qué inventó el gran canario para aumentar la gloria de Manuela Sancho, o con qué fecha confunde el escritor el 15 de julio de 1808? Y, así, más de quinientas veces. Que se dice pronto. Un trabajo denodado de erudición. Y, además, un gran plano rotulado.

Con todo ello a disposición, sigue sin existir el librico que digo.

Galdós murió en 1920: un siglo ya. Tampoco está teniendo en España repercusión, no de esa especie duradera que se basa en empeños de enjundia, de los que siguen sirviendo de faro durante una generación o más.

Sin exigir tanto, porque ni están los tiempos para gastos ni el humor de los que mandan suele apreciar estas cosas por lo que en sí mismas son, sino por su efecto propagandístico, no parece una petición desafortunada la de que se dedique un recuerdo de esta clase –su libro sobre los Sitios, tan expresivo y bien documentado como de buena lectura, con notas que lo iluminan y lo traen a nuestros días– al cumplirse el centenario de quien tanto nos aportó.

CUENTOS DE DOMINGO

Antón Castro

Alcañiz: año 2020

Hay lugares que marcan. Que se ligan a tu vida de manera absoluta. Y repasas tu biografía, y la de algunos próximos, y ves la trascendencia que han tenido en las pequeñas y grandes cosas. Uno de los primeros pueblos (ya ciudad) de Teruel que conocí fue Alcañiz: iba en dirección a Alcorisa, Molinos y Ejulve. En apenas un par de ho-

ras, recorrí callejas, parques, el impresionante salón de la ciudad: ayuntamiento, biblioteca, colegiata y hotel Guadalupe. El viernes, tras casi dos años de ausencia, retorné a la capital del Bajo Aragón, que cuenta con un joven alcalde, Ignacio Urquizu, que desciende de Crivillén y Forcall, y que está vinculado con Pablo Serrano, que realizó allí su 'Quema del objeto'. Urquizu, uno de los políticos nacionales más brillantes, cree en el poder de la cultura y se ha zambullido en la vorágine de la gestión. Se interesa por Palmireno, por el oftalmólogo Galo Leoz, por el universo de Darío Vidal (cuya familia querría donar los 4.000 libros de este humanista recién fallecido a la Bi-

blioteca de Alcañiz), por artistas como Francisco Rallo Lahoz y Enrique Trullenque, por los periodistas Mariano Nipho, Mariano Romance y Pilar Narvió, o por los días y los afanes del bibliotecario Ignacio Micolau, que ha dejado un deslumbrante legado de libros y archivos a una ciudad que posee dos estupendas librerías: la de Miguel Ibáñez y la Santos Ochoa, de Ana y Eugenio, que se estimulan la una a la otra.

Urquizu, al que le apasiona escribir de convivencia y política, es un magnífico anfitrión de escritores, músicos, artistas y periodistas en el bello Teatro Municipal, ese espacio fantástico y acogedor que decoró Joaquín Escuder. Urquizu quiere ser un alcal-

de de su tiempo: ha remodelado la plaza, oye a los paisanos y tiene muchos sueños (un gran museo de la ciudad; el realce del casco histórico; una cita periodística anual: en las jornadas que coordina con Eva Defior, se abordará en septiembre el periodismo deportivo...). Y no duda en hacer gestos sinceros de apertura y pluralidad. Ahora acaba de colgar la bandera del orgullo gay.

Las reacciones en la red viajan a la velocidad de la luz. Alguien, rezagado en libertad sexual, ha recurrido a un lenguaje arcaico y le amenaza con «pegarle un tiro»; otros lo vituperan y muchos más le felicitan de viva voz. Los tiempos, como anunció Dylan, felizmente siguen cambiando.